

Bautista por San Ambrosio.—Intima unión del Salvador y de Juan.—Del Sacramento Eucarístico y del Precursor.

Proposición. Los caminos de la Eucaristía y del Bautista, enlazados á través de la historia, para enseñanza y aviso de las sociedades de todas las épocas.

La *humildad* y el *sacrificio*.—Vías principales de estos caminos del Sacramento y del Precursor.—Humildad de Jesucristo Sacramentado y de Juan, en los principales hechos de su vida.—Descripción del estado de la sociedad de hoy por el orgullo y la incredulidad.—Amenazas y castigos.—Sed de dominación social, comparada con la sed de sufrimientos de Jesucristo Sacramentado y de Juan.—*Sacrificio*.—El Sacramento y el Bautista encarcelados, desnudos y pobres.—La sociedad libre, y gozando.—La Mesa eucarística y el banquete de Herodes.—La cabeza de Juan, y Jesucristo dividido *místicamente* por la salud del mundo.—Condenación silenciosa, pero elocuente, de la sociedad del goce y del placer, por ambas víctimas.—Jesucristo abandonado, insultado, robado, en el Sacramento.—*El dedo de Dios y el del Bautista*.—*El Mane, Thezel, Phares*, escrito por los dos ante la sociedad material y egoísta de nuestros días.—La Santa Eucaristía y el nombre de Juan, unidos en la historia, en las artes y en las ciencias.—Juanes célebres, señalando al *Cordero de Dios y sus caminos*, en toda clase de obras é instituciones.—Apóstrofe y reflexiones á la sociedad soberbia y corrompida de hoy.—No tiene que preguntar *¿Qué haremos?*—No puede alegar su título de católica.—Dios puede suscitar hijos verdaderos suyos de las piedras del desierto.—Amenazas de Jesucristo sobre traslación del reino de Dios á otras regiones.—Súplica breve.

SERMON

DE LA SANTA EUCARISTÍA Y MARÍA MAGDALENA.

(Puede aplicarse á Sermón moral, colocando á Magdalena por tipo y modelo de los pecadores contritos.)

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.... Fides tua te salvam fecit: vade in pace.

Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.... Tu fe te ha hecho salva: vete en paz.

(Luc. VII, vs. 47 y 50.)

No vengo á excitar ciertamente hoy vuestra admiración, mis amados hermanos, con los detalles de los suntuosos banquetes de Baltasar y de Asuero, ni vuestro espanto con las sangrientas orgías de Herodes y del esquileo de Balhasor, en que mueren respectivamente el divino precursor del Mesías y el desdichado hijo de David: vengo precisa y únicamente, hermanos míos, á hablaros de un banquete más sobrio que la ordinaria habitual mesa de la casta viuda de Bethulia; más angélico que el que tuvo lugar debajo de la encina de Mambré, junto á la tienda del patriarca padre de muchas gentes: banquete en que el anfitrión es Cristo Jesús, y convidados todos los pueblos del universo: donde se sirve un manjar que sabe á todos los gustos, y un maná que contiene todos los sabores: leche, y no soporí fera para la muerte, como la que sirvió Jael al incircunciso Sísara: miel, y no como la de Jonatás,

que causa, apenas gustada, amarguras crueles é indecibles terrores: leche y miel, en una palabra, mil veces más exquisita que aquella de que se hace mención en los Libros Santos, aludiendo, simbólica y metafóricamente, á la espléndida vegetación y precocidad de frutos de la tierra prometida al pueblo israelítico.

Mas yo veo dos mesas, amados míos, y hasta ahora sólo estoy ocupándome de una: que cerca de la Mesa adorable de la santa y divina Eucaristía, como preparación para ella, como antesala, digámoslo así, del Cenáculo sagrado, en que el Redentor del mundo se da por alimento á los hombres, mi fe descubre otra, no menos grande, no menos augusta, no menos inefable, en fin, no menos divina; que antes de llegar á la santa y divina Eucaristía, colocada entre las manos de Jesús, que se parte al Padre y se queda á la vez con nosotros, está el tribunal maravilloso de la Penitencia, representado en otra mesa anterior en Bethania, en casa de Simón el Leproso, porque según el axioma santificado por los labios del Salvador amante, los enfermos, que no los sanos, son los que necesitan de médico que les atienda en sus dolencias: y cerca de ella, buscando resuelta y solícita su curación, se encuentra María Magdalena: y en una y en otra se asombran los convidados, aunque en muy diversa forma y sentido: y en una y en otra mesa, por fin, pronuncia el anfitrión palabras de inefable amor y de infinita grandeza, que creo poder sintetizar en este pensamiento concreto: *creed, amad*; amad mucho, para que se os perdone mucho..... creed mucho también para ser salvos por esa fe, cuando seáis perdonados, y cuando, como sello de ese perdón, y prenda de futura gloria, me entregue á vosotros en el Sacramento agosto de mi amor.

Feligreses de Santa María Magdalena, muy amados hermanos míos: ninguna ocasión, á la verdad, podría presentármeme mejor ni más propicia, para ensalzar, sin violencia ciertamente, el nombre siempre glorioso y celebrado en la narración evangélica con frecuencia, de vuestra Titular y Patrona,

cuya fiesta celebráis en este día, con el Misterio inefable, al cual, según antigua costumbre, tributáis hoy también estos solemnes y reverentes cultos: porque, *La santa y divina Eucaristía constituye el más grande misterio de nuestra fe, y la más admirable obra del omnipotente divino amor; y vuestra Titular y Patrona Santa María Magdalena, con relación y respecto á ese Misterio y á esa obra amorosa, el más bello y acabado modelo de ambas virtudes, de la fe y del amor, para rendir nuestra inteligencia y nuestro corazón á Jesús, en ese agosto y adorable Sacramento.*

Venid á mi corazón y á mi inteligencia á la vez, y con un solo acto de vuestra voluntad purísima, Víctima eternamente inmolada para nuestro bien, salud y vida feliz y perdurable; purificad mis labios como los del hijo de Amós, é inflamad mi pecho como el de vuestro amado pequeño Juan el Evangelista, que contó, afortunado, las palpitations infinitas del vuestro amantísimo, recostado en ese inefable seno en los instantes supremos y solemnes de la institución de ese Sacramento por excelencia; tratadme, al menos, como á Magdalena la pecadora, con el cariño y dulzura, y confianza y bondad, que necesita un pobre mortal, concebido en la iniquidad y dado á luz en el pecado: y si mis ruegos, divino Dueño de mi alma en ese Sacramento, no son bastantes, ni los de mi devoto auditorio, interpondremos la poderosa mediación de otra María, concebida sin mancha y Madre de pecadores, á la que diremos profundamente humillados, con el celestial paraninfo.

AVE MARÍA.

He dicho en la primera parte de la proposición que acabo de establecer, y repito ahora con el Angélico Doctor Santo Tomás, que el Sacramento Eucarístico es por excelencia el misterio de nuestra fe: *Hoc Sacramentum est misterium fidei*, afirma terminantemente el inmortal autor de la *Suma Teoló-*

gica; y la Iglesia, infalible y oportuna siempre, ha colocado esas mismas palabras, *Mysterium fidei*, inmediatamente detrás de las del Salvador, en la consagración de la Sangre adorable de Jesucristo.

Y á la verdad, mis hermanos: misterio de fe es, ciertamente, el de la Pasión y Muerte del Hombre Dios, pero no es todavía el mayor misterio, ó el misterio que necesite la mayor suma de fe: porque en Jerusalén, en el Calvario, y en la Cruz, parece, en cierto modo, que no se despojó el Señor del todo de su divinidad, que no la ocultó, ni la anonadó por completo á los ojos de los hombres, toda vez que brillan aún en medio de sus tormentos, su omnipotencia y autoridad, acaso con más esplendor que en toda su mortal vida, haciendo caer en tierra á sus perseguidores al solo eco de su voz, curando á Malco, confundiendo á sus jueces y acusadores con sus admirables divinas respuestas, estampando su rostro en el lienzo de Serapia, salvando al facineroso enclavado á su derecha, trastornando, en fin, la naturaleza y los elementos todos, en tal forma, que mientras el Centurión le aclamaba Hijo de Dios, y la muchedumbre bajaba la empinada cuesta del Gólgota, golpeándose de dolor el pecho, á muchas leguas de allí, un miembro ilustre del Areópago ateniense, se viera forzado á exclamar: *ó la máquina del mundo se deshace, ó el Dios de la naturaleza padece.*

Más todavía, hermanos míos: en la Pasión y en la Cruz, aparte de brillar en la esplendente manera ya referida, la divinidad de Jesucristo, se veía, se tocaba, se apreciaba en toda su extensión su humanidad sacratísima; de suerte que la divinidad, á intervalos, si queréis oirlo así, y la humanidad sin intermisión, estaban allí de manifiesto; y no obstante, el Hijo de Dios, viviendo vida mortal como nosotros, sufriendo todos nuestros dolores y todas nuestras miserias, menos el pecado, es objeto de nuestra fe, y uno de sus más inescrutables misterios.

Pero en la Eucaristía, el ojo carnal, el órgano de la visión

material en el cuerpo físico, no ve ni á Dios ni al hombre tampoco: si á Jesucristo he de adorar en esa Hostia sacrosanta, mi fe, únicamente mi fe, es la que está encargada de decírmelo: si he de confesarle además Hombre, mi fe también es la que tiene que inspirarme otra infalible certeza: realizándose, por lo tanto, en este Augusto Sacramento en toda su extensión misteriosa y admirable, la bellísima profecía del hijo de Amós: *Verdaderamente Tú eres un Dios escondido: Vere tu es Deus absconditus.*

Y ved aquí, Señores, la idea del sacrificio, acompañando siempre á la idea del amor: que un amor tan inmenso como el de Jesucristo, necesitaba, es verdad, como veréis después, nada menos que una manifestación tan solemne y espléndida como la manifestación eucarística: pero en retorno, insignificante si queréis, de este amor dado tan liberalmente, y repartido con tanta profusión, se exigía el sacrificio de la humana inteligencia ante el Misterio en que todo, absolutamente todo, es fe; porque un amante que sabe amar como Jesucristo Sacramentado, tiene derecho á exigirle todo, absolutamente todo también, de la pobre y despreciable criatura objeto de su amor infinito: por eso puede y debe repetir á la razón orgullosa de su poderío y envanecida neciamente de sus conquistas, al ojo investigador, á la mano imprudente del filósofo, del sabio y del racionalista, las mismas frases que dirigió á la castellana de Magdalo, resucitado y glorioso, en el huerto de José de Arimathea. *Noli me tangere. No quieras tocarme, no me toques: aún no he subido á mi Padre: como si quisiera decirla; aún no has subido tampoco, menos, tú: aún no ha llegado el tiempo de que me manifieste á ti sin velos, ni accidentes, ni oscuridad, ni fe, cara á cara: entre tanto, pobre inteligencia humana, no extralimites tu misión y tus fuerzas: adora únicamente, y cree en silencio.*

Acabo de nombrar una vez más á vuestra Titular y Patrona, á María Magdalena, y voy, como os prometí al principio, á ponderar su fe: y veo que podréis decirme desde luego: La

fe de la Magdalena, por las mismas razones que acaban de exponerse, hablando de la visible manifestación del Salvador en carne mortal y pasible sobre la tierra, no puede servir en manera alguna de modelo, no tiene razón de ser, ni punto alguno de contacto y de conexión con la fe especialísima y sin ejemplo, que requiere en nosotros el Sacramento Eucarístico: me hago desde este momento el debido cargo de esa piadosa posible objeción, y voy á contestarla enseguida.

Verdad es, mis hermanos, que la Magdalena contemplaba en la sagrada humanidad del Salvador, ni más ni menos que todos los que conocieron su visita en carne mortal á este mundo, un hombre perfectamente organizado, y por lo mismo perfectamente visible y palpable: pero no me podréis negar que, á pesar de todo eso, puede y debe afirmarse de esta intrépida heroína de la fe y del amor, lo que de Tomás el Apóstol que dudaba, cuando palpadas por fin las llagas de su Maestro, aún ejerció positivamente la fe, creyendo en su divina persona: *Aliud vidit et aliud credidit*, ha dicho de él muy concisa y bellamente un Santo Padre: una cosa fué objeto de su experiencia, pero otra también de su fe ardiente: Tomás vió las llagas, es verdad, pero aún tuvo necesidad de creer que aquel hombre llagado, á quien por esas señales indubitables y visibles reconocía, sin duda ya, como su Maestro, no era sólo el Hijo del Hombre, sino el Hijo de Dios: escuchad si no, la confesión explícita y categórica de esa fe: *Señor y Dios mío* exclama profundamente humillado: *Dominus meus, et Deus meus*.

No de otra manera y en otro ejemplo, mis hermanos, la Iglesia nuestra Madre, es perfecta y absolutamente visible en su parte material, en su organización física, por decirlo así, en su forma de institución y de cuerpo, que milita y lucha en este mundo: y sin embargo, esa misma Iglesia visible y palpable, es objeto de nuestra fe; porque en la protestación más solemne de la misma, hecha en el Símbolo de los Apóstoles, creemos y confesamos en esa Iglesia que vemos, es decir, creemos y con-

fesamos que esa Iglesia visible, es la única verdadera, indefectible é infalible Iglesia de Jesucristo.

Así María Magdalena, hermanos míos, vió, como nosotros vemos, los accidentes eucarísticos en esa Hostia sacrosanta, la humanidad extensa y corporal del Salvador, Verbo Encarnado: pero creyó, y creyó sincera y profundamente en la divinidad de aquel hombre visible, y con una fe tan especial, tan única, tan parecida á la fe que necesitamos nosotros para rendir nuestra pobre inteligencia á los pies de Jesucristo Sacramentado, que yo no encuentro, francamente hablando, señores, otra fe que tenga mayores y más admirables puntos de contacto con la fe de la Santa Eucaristía, que la fe de María Magdalena, en el hombre que la perdona, que padece y que resucita de entre los muertos, para honrarla enseguida con su aparición venturosa.

Mirad si no: todos, absolutamente todos los que habían acudido al Salvador, buscaban remedio á las enfermedades de su cuerpo, á las dolencias físicas á las desgracias materiales: el Centurión demanda la salud para su criado; la hemorroisa la curación de su flujo de sangre; Jairo, la resurrección de su hija; los leprosos, la curación de su asqueroso mal; los ciegos, ver la luz..... hasta los mismos Apóstoles y discípulos que le acompañaban á casa de Simón, la sanidad de la suegra de Pedro: ella, en fin, y sólo ella, mis hermanos, Magdalena, la primera que buscó la salud del alma, cuando aún no había pedido el cielo Dimas, ni las sillas del reino de Jesucristo Salomé, ni confesado Pedro entre los hermanos la divinidad del Hijo de Dios: los demás le conocieron como á hombre santo, enviado del Altísimo, profeta y obrador de maravillas; la castellana de Magdalo, como á Dios: ¿Lo dudáis aún? Oidlo de boca de los mismos hombres de la Ley, de los encarnizados enemigos de Jesús, sentados ante aquella mesa, no menos infame, ya lo dije al principio, que la Mesa Eucarística. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? decían ellos, hipócritamente, escandalizados al escuchar las frases de perdón

pronunciadas por el Salvador sobre la arrepentida arrodillada pecadora.

La fe, ha sabido decir el grande Apóstol, traslada los montes de una parte á otra; y en el Sacramento adorable de la Eucaristía, diré ahora yo, trastorna el orden y las leyes de la naturaleza, de una manera y en una forma más silenciosa, pero más profunda y esencial que en el Calvario, mientras animosa, según la misma literal frase de la Iglesia, afirma la inteligencia para que no vacile un punto en la creencia del Misterio: fe animosa, repito, y admirable, que advertimos también en Magdalena, porque para la fe de esa mujer no hay obstáculos, como no los hay para la fe del Apóstol, y no debe haberlos para la fe especial en la Eucaristía; otro pecador que la hermana de Marta y de Lázaro, habría salido al encuentro del Salvador, en una encrucijada, escondido entre la multitud, acaso á favor de las tinieblas de la noche; pero Magdalena, que era pecadora en la ciudad, según el texto sagrado, no se avergüenza de presentarse en el convite, á que asisten los severos é inflexibles doctores de Israel, de llorar, dice un Santo Padre, ante una mesa que todo debía ser regocijo; y es que la fe suya es animosa, es ardiente, es admirable; es, en fin, el modelo más perfecto y acabado de la nuestra en orden y con respecto al Sacramento Eucarístico. Danos, pues, tu fe, Magdalena, para creer firmemente en tu Divino Maestro Sacramentado; pero danos también tu amor, tú, que le amaste tanto, según Él mismo afirmó, para amarle nosotros algo siquiera, en ese Sacramento de su amor infinito.

Y estoy en mí segunda reflexión, en la que os prometo ser muy breve.

He hablado, aunque bien ligeramente por cierto, del sacrificio que Dios exige á nuestra inteligencia en la cuestión de fe en este augusto Misterio, á cambio de un amor sin límites, sobre el que, apreciando después el amor de María Magdalena, voy á decir en todo cuatro palabras.

El amor de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, mis ama-

dos, bien lo sabéis y lo comprendéis, es tal, que á todas luces y bajo todos los aspectos, resulta incomparablemente mayor el premio que el sacrificio de que nos estamos ocupando: amor que le obliga á estar á todas horas con nosotros, no sólo en esos augustos tabernáculos, sino en nuestra mente, en nuestro corazón, uniendo su sangre á la nuestra, para que vivamos la misma vida que Él vive por nuestro amor; para que, en frase inspirada de la Iglesia, ese recuerdo de su Pasión, aliente en nosotros la vida de sacrificio, aquí, donde la existencia es tan abundante en penas y en privaciones: para que dulcemente henchidos de la gracia divina, al recibir al que es Autor de ella, podamos resistir las tentaciones y peligros de la vida, que es lucha sobre la tierra, según la afirmación de Job: y finalmente, para que sostenidos por la esperanza de que es prenda este anillo de futura gloria, atravesemos este valle de lágrimas como peregrinos que no tienen aquí su estable ciudad ni habitación, sino que anhelan por otra más elevada y feliz y eterna, en palabra del grande Apóstol de los gentiles.

Esta es, mis hermanos, por otra parte, la naturaleza del amor, y mucho más debe serlo en la esencia y raíz de ese mismo amor, que es Dios, en afirmación del Discípulo, educado en esa sublime escuela; el amor está siempre pensando en el objeto amado: todo, absolutamente todo lo que le rodea, le habla sin intermisión alguna, sin reticencia, ni reserva posible, de ese fin y objeto especial suyo; todo, absolutamente todo, le renueva la idea de ese fin y ese objetivo constante: no sabe vivir sin renovar esa idea, ni en manera alguna puede soportar su ausencia; ansía continuamente la unión con el objeto amado, quiere verle, quiere hablarle, quiere poseerle, en fin, formando con él una sola alma, un solo corazón, una sola voluntad, una sola inteligencia; todo lo demás le es indiferente; todo lo abandona y á todo por él renuncia: *Me despido para siempre de mi patria*, decía Ruth á Noemí: *dejo á mi pueblo, y á mi familia: sin Vos, nada me importa todo en el mundo: con Vos, todo me será dulce y suave: con Vos, en*